

Cada vez noto a mi abuela más distante, más pensativa. Se queda mirando a la calle desde el balcón con un gesto ausente. Hoy ya no he podido aguantar más y le he preguntado si le ocurría algo. Al final, tras un rato pensando, me ha dirigido una sonrisa cansada y me ha dicho que ya nada es lo que era.

Me quedé esperando para ver si continuaba hablando pero, tras un largo silencio, decidí irme a mi cuarto pues allí no pintaba nada. Justo cuando estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta, ella empezó con una voz lenta y cadenciosa, con ese matiz que solo las personas mayores tienen, a relatar las historias que le contaban sus propios abuelos. En esa época- comenzó mi abuela- allá por el final del siglo XIX, la vida y la gente eran muy distintas, se puede decir que hasta la esencia de las cosas era diferente. Si algo se rompía lo arreglabas, esperabas con ilusión el próximo baile que se celebrara, y los domingos con buen tiempo apetecía pasear por el Retiro con alguien especial.

En esa época uno valoraba lo que tenía porque te enseñaban desde tu más tierna infancia que las cosas cuestan y que nadie te da nada gratis. Por esta razón me entristece tanto ver cómo ha degenerado la sociedad de hoy en día. Mira sino a esas niñas de ahí- me dice señalando a unas chicas de aproximadamente mi edad- no han soltado los cacharros esos que usáis ahora y, a lo mejor, de la media hora que llevan ahí, han hablado tan solo diez minutos. ¿No te parece eso muy triste?

Al no saber qué contestar, me quedé callada pensando que el silencio sería la mejor respuesta. Por la noche me estuve reflexionando sobre lo que había oído esa tarde. ¿Tan esclavos éramos de las redes sociales? ¿Nos habían mejorado la vida o solo la habían empeorado? Con todas esas dudas me fui a la cama y, a la mañana siguiente, con la mente más despejada tomé la decisión de acompañar a mi abuela en sus paseos. Al comunicárselo le salió la primera sonrisa verdadera que le veía desde hace mucho tiempo.

Es verdad que redes como Twitter o Facebook te ponen al alcance una cantidad de información desmesurada pero, ¿quién mejor para contarte una historia que alguien que haya vivido los hechos o que por lo menos los conozca por alguien fiable?

De esta forma aprendí muchos más datos y anécdotas de las que jamás imaginé y me dí cuenta de que tres cuartos de hora con mi abuela me había beneficiado más que cuatro horas en Twitter, y esto es algo que pienso difundir al máximo.